

El niño que hablaba con los animales

Texto: Dianska Gutiérrez Czelakowska | **Imágenes:** Octavio Aguilar Gutiérrez

Nací y crecí en Coyul, un pueblo cercano a la costa que no figura en el mapa, de tan chiquito que es. Todo el año íbamos a una poza, alimentada por incontables cascadas, de la que tengo bellísimos recuerdos. Aún guardo un dibujo que hice en aquellos tiempos de ese paraje, imperturbable en mis recuerdos. La vida era sencilla, y comenzaba muy temprano. Entre cinco y seis me despertaba, mamá ya había echado tortilla. La casa olía a leña, a frijoles y a maíz, aromas exquisitos de mi infancia... Tan sólo cerrando los ojos los puedo oler... Se añade a mi mente el olor de la mañana... fresco, limpio, húmedo.

A veces acompañaba a mi papá a trabajar la milpa, otras iba con mi hermano a llevar a los chivos al cerro. Pero eso sí, siempre encontraba el tiempo para ir a la poza, y ahí aprendí... casi me muero cuando aprendí, un día que fui solo. Jorge había ido con su papá a Pinotepa a vender plátano, papaya, guanábana y chirimoya. Manuel, mi hermano mayor, se había lastimado en la mañana el pie y debía reposar hasta que sanara. Y Sofía -ay Sofía- acompañó a su mamá río abajo a lavar. Aún hoy en día, cuando lo pienso, me cuesta recrear lo que viví. A mi mente acude la imagen de una inmensa boa, el resbalón en la piedra lisa, la zambullida en el agua fría y más nada... No sé cómo llegué a la orilla. Me toqué la nuca, todavía dolía, y mis dedos se tiñeron del rojo caliente de la sangre fresca... Miré hacia arriba, recorriendo con la mirada el trayecto de mi caída y, en el agua cristalina, atisbé el lugar donde me pegué en la choya y perdí el conocimiento. Estaba muy lejos de donde lo recobré.- ¿Cómo llegué aquí? ¿Fue la boa? —me pregunté en voz alta mientras me incorporaba para regresar al pueblo. “Sssssiiii” creí escuchar, pero asumí que era el sonido del viento entre las copas de las ceibas, los guanacastles y demás árboles.

Llegué a casa con el cabello húmedo y no dije nada por temor al regaño, al huarachazo y al subsecuente castigo. Pasé corriendo detrás de mamá, que estaba en el fogón haciendo un caldo de gallina criolla con verduras y hierbabuena, ¡no he probado otro igual! Me puse un sombrero para disimular mejor la herida, y salí disparado, para que no me viera, alcanzando a gritar:- Voy a casa de Sofía a hacer una tarea, regreso después de la escuela. Allá como.- Está bien. Llévate unas tortillas, pa’ compartir.- Ya las llevo en mi morral amá. - concluí, y salí corriendo.- Ahí le explicas a la maestra lo de mi pie.- alcanzó a chillar Manuel cuando salía ya a la calle. Sé muy bien que se dio cuenta de mi mentira, pues no había tarea. También estaba seguro de que no iba a ir de chismoso con mamá pero sé que está mal mentir... ¿tú que piensas?

En ese dilema quedó ocupada mi mente, hasta que escuché:- Espero que a ese perro no se le ocurra volver por aquí. — Volteé para todos lados, pero no había nadie... - ¿Fuiste tú el que habló? - le pregunté, incrédulo, a un guajolote que se metía a un patio.- Ni te atrevas a pasar, que éste es mi territorio y no te conozco- escuché por respuesta. Sacudí mi cabeza, desconcertado, y apuré mi paso para llegar a casa de Sofía, pidiendo que estuviera en casa, y así fue. Disimulé todo lo que pude, pero ella notó la premura en mi rostro, en mis gestos y ademanes, sin hablar nos entendíamos, ¿has tenido alguna vez esa sensación con alguien? Una vez que terminamos de comer y que lavamos los trastes, salimos al patio, donde le conté todo, desde la boa, la caída y el silbido que pensé fue el viento, hasta el guajolote. Ella no daba crédito a lo que oía, e insinuó que, a su parecer (ella era muy inteligente), el supuesto silbido había sido la misma boa

respondiéndome, quien además de salvarme, me dio el poder de hablar con los animales. Sugirió que volviéramos a la poza el día siguiente a buscar a la boa, dijo que seguro la encontraríamos y aclararía muchas dudas.

La mañana siguiente salimos tempranito con los chivos. Al despuntar el sol, su luz iluminó al paisaje y a mi corazón. Me sorprendí hablando con los chivos, y aún mayor fue mi sorpresa cuando me contaron que la boa que íbamos a ver era la sagrada guardiana de la selva. Al traducirle a Sofía, sus ojos brillaron, volviendo aún más profunda su negrura... No encontramos a la boa, fue ella quien nos encontró.

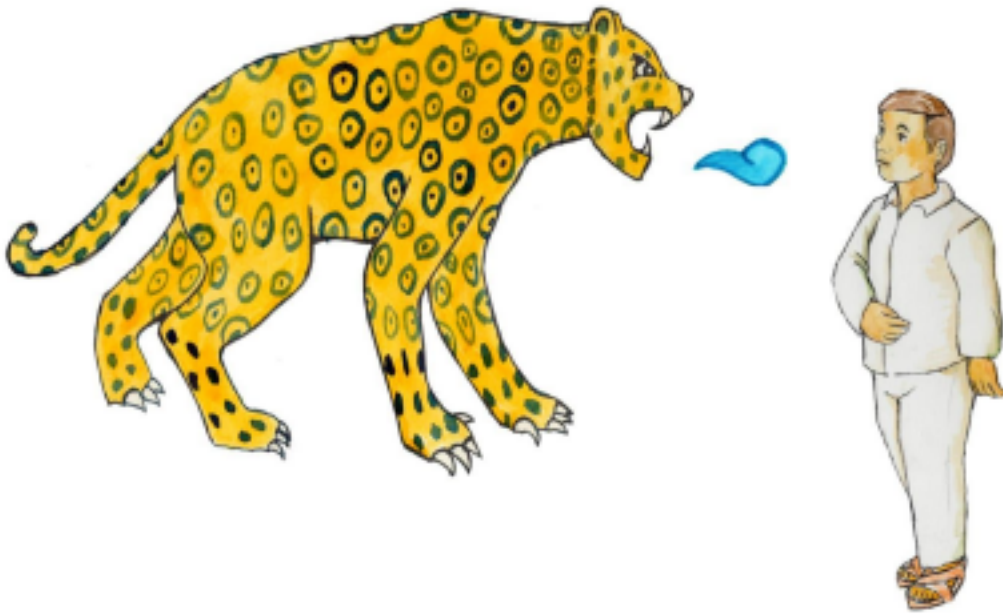


Sus palabras cantaban acompañadas por melodías de las aves, el compás de los insectos, los acordes del viento, las percusiones de la tierra, los murmullos del agua. Tan sólo puedo recrear un esbozo de su cantar:- Te ressscaté a ti, dessssciente de sssimiosss porque quiero que ssseassss mi mensssajero. Me dirijo a todosss los humanoss, sssobre todo a niñasss y niñosss, puesss aún están tiernosss y sssusss brotesss de pensamientoss ssson capaccccesss de renovar losss caminosss de la humanidad... Ssssusss raícesss deben bussscar nutrientesss naturalessss. ¡Dejen de ssser una nota disssscordante en la sssinfonía de la vida! Aunque no la logren essscuchar como lo hacesss tú hoy, pueden ayudar a mantener la danzzza del equilibrio.

Durante mi infancia escuché los discursos de incontables animales. Cierta día, cuando salimos mi hermano y yo con los chivos, sucedió algo impresionante, que marcó mi vida para siempre. Me había separado de Manuel y del rebaño, en busca de un chivito que se había separado de los demás.

Habíamos ido al paraje que más frecuentábamos: la

Cañada del Venado, pues ahí había tanto pastura para que comieran, como agua, para que saciaran su sed. Ese día, un jaguar bajó a hablar conmigo, pues ya se había corrido la voz entre los animales de que podía entenderlos. Su porte era solemne, grácil y potente a la vez, su mirada penetrante e intimidadora, su mera presencia paralizó todos mis músculos, mientras por dentro se desataba el instinto de pegar carrera para intentar escapar (intento que hubiese sido inicialmente fallido si fuesen otras las circunstancias). Me quedó clara su supremacía. Habló de una manera tan clara y transparente del ciclo de la vida, de cómo la existencia de cada ser es parte de un Todo, de que nuestra esencia personal carece de sentido cuando lo olvidamos. E incluso llegamos a perder esa sustancia que nos identifica. El recuerdo silencioso es poderoso pues nos conecta, pone esa esencia individual en un contexto de colectividad, nos volvemos una nota en armonía con la gran sinfonía de la vida, cómo había dicho la boa...



La mayor parte de los humanos lo han olvidado. Por eso fui maestro y compartí mi historia en muchos lados. En varias escuelas rurales y multigrado, cómo a la que asistí. También di clases en poblaciones más urbanizadas, dónde fue un poco más difícil transmitir mi mensaje, por la falta de conexión con la naturaleza. Pasaron más de 80 años y la poza está seca gran parte del año... ¿La podremos recuperar? Ahora, qué puedo sentir el final de mis días, a La pureza sabia de la infancia se suma la sabiduría que he cosechado a través de los años. Comprendo mejor las palabras del jaguar sobre la vida y la muerte, sobre la continuidad y la simultaneidad, sobre los ciclos que se suceden en espiral Agradezco a la vida por mi experiencia, a mi amiga por transcribir esta historia y compartirla con ustedes y a todos los que encuentran su esencia personal para dejar de ser la nota discordante la sinfonía de la vida.

Cómo las motas del jaguar, así la llovizna en altamar...

Cual una gota de eternidad...

Así somos: definidos, individuales, finitos...

Inmersos en la infinita vacuidad